

Beatrice Masini

Maisie

y el doble de Mozart

INCLUYE
DIVERTIDOS
TATTOOS



Título original: *Maisie e il gemello di Mozart*

1.ª edición: septiembre de 2016

© Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia, 2015
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com
© De la edición original: RCS Libri S.p.A., Milán, 2015
Publicado por primera vez por Fabbri Editori, 2015
www.fabbrieditori.eu

© De la traducción: Marinella Terzi, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Color de ilustraciones: Cecilia Giumento

ISBN: 978-84-698-0914-3
Depósito legal: M-22495-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

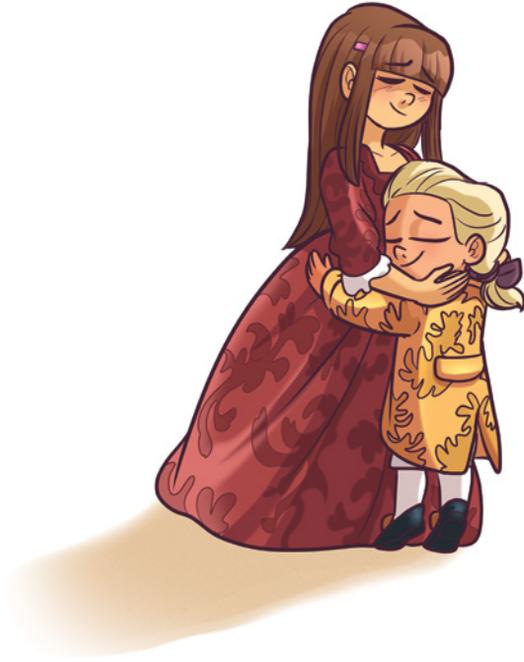
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Beatrice Masini

Maisie y el doble de Mozart

Ilustraciones de Antonello Dalena

Traducción de Marinella Terzi



ANAYA

LA MAGIA DEL TIEMPO

Cuando se dice que una persona pierde el tiempo, no es un cumplido. Al contrario. No para quien piensa que el tiempo es oro.

Y es verdad que es importante emplear bien el tiempo, aunque no sea oro, justamente porque no es oro. Es algo mucho más valioso.

Hay quien considera que los soñadores, las personas dotadas de gran imaginación, aquellas que se concentran mucho en las cosas pequeñas pierden el tiempo.

Pero mucho del tiempo que en apariencia se pierde —se agota, se desvanece— se transforma en algo distinto.

«Perdiendo tiempo» se descubren cosas y se responden preguntas. Se viaja con la cabeza y con el corazón.

Y eso Maisie lo sabe de sobra.

Porque gracias a su reloj, que funciona al revés, ella no pierde el tiempo: lo atrapa, incluso aquel que sucedió mucho antes de que ella naciera, y lo hace suyo. Vive cosas que otros no vivirán jamás.

Para Maisie es una manera como otra de pasar el tiempo, como jugar con sus amigos, o leer, o hacer los deberes. En ningún caso es tiempo perdido: siempre es tiempo aprovechado.





MÚSICA
por
JUEGO

—Abuela, me ha encantado. Y te perdono —dijo Maisie mirándose de refilón en uno de los mil espejos del vestíbulo de la Scala.

El vestido de terciopelo azul oscuro con el cuello blanco le sentaba de maravilla, aunque Maisie hubiese hecho una mueca cuando la abuela Pen se lo regaló: era muy serio. Le daba un aspecto antiguo, pero no le disgustaba. Le parecía el vestido ideal para ir a un teatro tan bonito, no se podía entrar con vaqueros y camiseta.

—Bien —dijo la abuela—. ¿Y me perdonas también por todo lo demás?

Acababan de asistir al espectáculo de fin de curso de la Escuela de Baile. El tema de la danza resultaba bastante espinoso entre abuela y nieta: a la abuela Pen le habría gustado que Maisie hubiera ido a clases de pequeña, y había insistido en ello, como solía hacer siempre. Pero Maisie nunca quiso. No soportaba el rosa, el raso, el tul, y, sobre todo, no soportaba a Alice, su compañera de colegio cien por cien rosa, raso y tul que se volvía loca por el ballet clásico. Pero tenía que admitirlo: los alumnos eran tan buenos —y tan diferentes de Alice— que puede que ahora sintiera cierto remordimiento por aquel «no» dicho a los seis años.

Maisie suspiró, sin responder a la pregunta de la abuela.

—Qué bonita la *Sinfonía de los juguetes* —comentó luego, con sinceridad—. Las niñas con sus muñecas de trapo. Y las mayores, que saltaban a la comba. Los niños con los reclamos para los pájaros, los que jugaban al escondite y a tula, y los que trataban de atrapar al cuco que les tomaba el pelo cantando desde su escondite. ¿Y las pequeñas con esos

faroles con forma de oca? Todos magníficos. Y qué trajes tan bonitos.

—Tienes razón, eran deliciosos, con sus camisones largos y sus gorros. Así vestían a los niños a principios del siglo XIX, cuando por fin se dieron cuenta de que tenían que sentirse libres para jugar. Pero la música es más antigua.

—Mozart, ¿no? —preguntó Maise, distraída.



Esperaban bajo los soportales de la Scala, en la penumbra de la tarde. Había empezado a llover, un chaparrón fuerte, y no llevaban paraguas. Los taxis aguardaban al otro lado de la calle, brillantes, como ballenas blancas, pero el agua caía con tanta fuerza que era impensable lanzarse a cruzar.

—Mozart, sí. Leopold, aunque no es seguro que la escribiera realmente él —respondió la abuela.

—¿No se llamaba Amadeus? ¿Ese músico que tocaba de maravilla ya de pequeño?



—El niño prodigio, sí. Wolfgang Amadeus Mozart. Leopold era su padre. Él también era músico. Él y su hermana mayor, Nannerl. Entonces se continuaba con la tradición familiar.

Maisie hizo una mueca.

—Tenía que ser duro. Si alguien quería ser otra cosa, no sé, relojero o pintor, por ejemplo.

—Digamos que era más sencillo seguir los pasos de los padres. Era un camino ya desbrozado. Los Mozart emprendieron un larguísimo viaje por toda Europa cuando Amadeus todavía era pequeño, y él se exhibió en las cortes más importantes. El público se mostraba entusiasta al ver a un niño de siete u ocho años al teclado del clavicémbalo. Vaya... —La abuela Pen dio un salto hacia atrás justo a tiempo: un coche acababa de pisar un charco y lanzó en su dirección una cortina de agua sucia.

Maisie ni se dio cuenta.

—Tal vez Leopold escribiera la *Sinfonía de los juguetes* para Amadeus —dijo con expresión soñadora, recordando las escenas del espectáculo que acaba-

ban de presenciar—. Quizá se la hiciera representar incluso. ¿Qué papel crees que hubiera elegido? ¿El pastorcillo que persigue a las niñas con las ocas? ¿O ese muñecote ridículo que va vestido de encaje y se mueve como un robot?

—Como un autómatas, en todo caso —dijo la abuela Pen—. No sé, probablemente no la escribió él. Leopold, quiero decir. ¿Conseguiremos llegar a casa?

Un trueno estruendoso ahogó las últimas palabras de la abuela. Pero Maisie ya no la escuchaba. El reloj que llevaba había empezado a vibrar. Maisie se frotó la muñeca: conocía bien aquel hormigueo; es más, lo esperaba siempre con ganas.

Era el poder de la curiosidad lo que hacía funcionar a aquel pequeño objeto prodigioso que el abuelo le había regalado a la abuela. Después, el reloj pasó a ella; un regalo muy especial: le permitía viajar en el tiempo todas las veces que la curiosidad



se adueñaba de ella. Y esta vez se abrían ante ella un montón de interrogantes. Un niño prodigio, los juguetes, su música: todo un torbellino de pensamientos y fantasías sobre aquel personaje. Conocería, como siempre, un mundo diferente al suyo, que parecía aguardarla solo a ella, todo un mundo por descubrir.

Maisie



Una niña curiosa.
Una abuela algo extravagante.
Un reloj mágico para viajar
en el tiempo y conocer
a los grandes de la historia
de pequeños.

EN ESTA AVENTURA
MAISIE SE ENCUENTRA
CON EL NIÑO MOZART

A PARTIR DE 8 AÑOS

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-0914-3

1578265



9 788469 809143